

REFLEXIONES

Sesenta y dos años tenía ya el señor Fermín, el sastre de Malanza, cuando se quedó viudo, y en seguida trató de volver á casarse.

Vamos, tanto como en seguida, en seguida, no: primero hizo muchos aspavientos y muchas demostraciones de dolor por su difunta mujer, hasta el extremo de irse por las noches al camposanto á conversar con ella, según decía. Y efectivamente, una noche, los mozos que andaban de ronda sintieron ruido hacia el cementerio, fueron á ver, y encontraron al señor Fermín sobre la sepultura de su consorte dando aullidos y escarbando con las manos como si quisiera desenterrarla.

—¡Mala señal—decían las personas de experiencia oyendo á los mozos referir el suceso,—muy mala señal! Todos los viudos que hacen así esos bijiviellos y esas pame-mas, se vuelven á casar al instante... Ya

veréis cómo éste, si encuentra con quién, hace lo mismo.

Y en efecto, á los dos meses ya andaba el señor Fermín pretendiendo.

Sólo quedaba por resolver la duda consagrada de si encontraría ó no con quién casarse, duda que no dejaba de tener fundamento.

Y no precisamente en su edad, pues aunque iba ya siendo viejo, estaba todavía recieçillo; ni tampoco en su angustiosa situación monetaria, pues no es de fe, ni mucho menos, que todas las mujeres se hayan de casar con ricachones; sino más principalmente en otras malas circunstancias y cualidades que se irán sabiendo.

Tenía el sastre, en primer lugar, un genio de mil demonios, y además la costumbre de darle rienda suelta, especialmente cuando se hallaba entre personas de quienes nada pudiera temer; de suerte que por un quítame allá esas pajas se atufaba de un modo increíble, y si su mujer ó su hijo le decían una palabra más alta que otra, les tiraba lo que tenía en la mano: las tijeras, si estaba cortando una prenda de vestir; la plancha caliente, si estaba abriendo las costuras...

Aparte de estos arrebatos, era bastante mala persona, pues se complacía en mortificar y en hacer sufrir á todo el que es-

tuviera á sus inmediaciones; era malandado y jugador y amigo del sorbo, con todas estas malas aficiones tan bien puestas, que se pasaba los días enteros y las noches hasta la mitad en el cafetucho de la villa jugando y bebiendo sin acordarse de dar una puntada. Y aunque no entremos á decidir ahora si sus filoxeras eran diarias, ó tercianeras, ó cuartanarias, ó simplemente bisemanales, pues sobre esto podría haber opiniones, baste decir, y en esto existía unanimidad, que á su mujer la había dado muy mala vida, creyéndose generalmente que la había matado á disgustos, aunque no faltaba quien dijera que á palos.

¿Tendría nada de particular que con semejantes recomendaciones no encontrara el señor Fermín quien le quisiera?

Así se lo pronosticaban en el café sus contertulios, que, en cuanto le averiguaron aquellos intentos, empezaron á darle matraca y á divertirse á su cuenta.

—¿Tú qué vas á hacer, *don* Fermín?— le decía el más burlón de todos, Fabricio, llamándole *don*, que era como él deseaba que le llamaran en el pueblo y como no le llamaba nadie;—¿tú qué vas á hacer?... ¿No ves que eres ya muy viejo? Cuando de cincuenta pases... ya sabes lo que dice el refrán, no te cases... Con que tú que pasas de sesenta...

—No, no corre peligro de casarse,—decía otro.

—¿Por qué?—preguntaba el primero.

—Porque no habrá de qué darlas; porque ¿quién le va á querer á Fermín con ese genio que tiene y esa mala cabeza?...

—Eso también es verdad: que será difícil que encuentre novia, porque no habrá ninguna mujer tan desesperada...

—¿Que será difícil?—decía el señor Fermín hecho una furia.—¡Ya veréis lo difícil que es, pobres hombres!... ¡Difícil!... Héis de saber para que os pese, héis de saber que las tengo así, así,—y juntaba y separaba y volvía á juntar muy á prisa los dedos de la mano...

—Ilusiones, infeliz, ilusiones.

—Bueno, bueno: ya veréis si son ilusiones.

—Si acaso, encontrarás alguna vieja como tú... y ni aun eso.

—Ya veréis, ya veréis...

Y efectivamente, contra lo que sus compañeros de círculo creían, Fermín encontró novia.

Una soltera, á mal de su grado, que, por haber pasado ya de los treinta, tenía casi del todo perdida la esperanza de dejar de serlo, puso buena cara á las solicitudes del

señor Fermín y le dió el sí á las primeras de cambio.

Y no vayan ustedes á buscar la explicación de que el señor Fermín hallara mujer con facilidad en el refrán aquél que dice que nunca falta un roto para un descosido; pues la pobre Juana, que así se llamaba la novia del sastre, no estaba tan rota, ni con mucho, como descosido se hallaba él moralmente, ya que materialmente no lo estuviera por razón de su oficio.

No, al contrario: era bastante buena muchacha.

Sus hermanos, con quienes vivía, trataron por todos los caminos de quitarla de la cabeza el casorio; pero fué en vano.

—¿Para qué te has de casar?—la decían.

—¿No estás bien aquí con nosotros?

—Sí: con vosotros bien estoy—contestaba ella;—pero vosotros podéis faltar cuando yo no esté ya en estado de que nadie se acuerde de mí, y entonces me quedo sola en el mundo.

—Aunque así fuera—la decían,—siempre estarías mejor sola que mal acompañada.

—¡Ah, no, no!—replicaba,—que el refrán lo dice: «arrímate á marido, aunque sea un espino».

—Pues lo que es arrimándote á ese—la decían ellos,—hazte cuenta que á un espino

te arrimas... Eso es una locura, Juana... Porque últimamente, si te quieres casar, cástate con un hombre de bien y no con ese perdiduco. ¿No ves lo desacreditado que está en su pueblo?

—Nadie tiene más crédito que el que le quieren dar—replicaba Juana,—y no hay que hacer caso de lo que digan, porque cada uno dice la suya.

—Así suele ser—reponían;—pero respecto de ese diablo de ese sastre, todos hablan por una boca. No oirás á nadie que no diga que á la otra mujer la quitó la vida con sus malos tratamientos.

—Por eso mismo me ha de estimar á mí y me ha de tratar bien—replicaba ella,—porque también dice el refrán que «la primera, escoba; la segunda, señora».

—También hay otro refrán que dice que «quien malas mañas há, tarde ó nunca las olvidará»,—la decían.

Pero todo fué inútil.

Juana se encapiruchó y se casó, y... bueno: el día de la boda parece averiguado que no la pegó su marido... hasta por la tarde; pero luego, los demás días, á tarde y á mañana y á todas horas.

Ella, la pobre, lo calló todo lo que pudo, por no dar su brazo á torcer, porque temía que sus hermanos la reconvinieran amargamente echándola en cara su terque-

dad y haciéndola ver lo acertado de los consejos que la daban y lo mal que había hecho en no seguirlos.

Pero al fin se llegó á saber todo con ocasión de un trágico suceso que tuvo mucha resonancia.

Un día de fiesta por la tarde, después del rosario, hallándose Fermín alumbrado como de costumbre, dijo á su mujer con apariencias de cariño:

—Vaya; vístete y vamos á dar un paseo: no siempre has de estar metida en casa.

—Bueno, como quieras,—le contestó la pobre Juana, que ya sabía que, para andar menos mal, tenía que decir amén á todo.

Salieron á paseo marido y mujer y llegaron hasta el soto sin novedad; pero al poco rato de andar por allí, por no sé qué disparate que su mujer suavemente le contradijo, comenzó el señor Fermín á decirle perrerías insufribles; y como ella quisiera defenderse en palabras, aunque sin perder la moderación, perdió él los estribos, y arrancando un estacón de una sebe, comenzó á dar palos en ella como quien da en un centeno mal maduro.

La fuerza de los golpes, ó más bien la del dolor que la producían, la arrancó algunos gritos que el señor Fermín creyó que se perderían en el espacio sin ser oídos de nadie, pues no había visto por allí gente.

Pero dió la casualidad de que andaban dos guardias civiles por la orilla del río mirando á ver si encontraban algún butrón de algún pescador, para quitarle las truchas y comérselas, y al oír los gritos corrieron hacia donde sonaban, encontrando á Juana llorosa, y al sastre, que ya les había sentido venir, haciéndola señas amenazadoras para que callara.

—¿Qué es eso?—dijo muy serio uno de los guardias al llegar;—¿qué gritos eran los que se oían?...

—Nada, no es nada—contestó el señor Fermín haciendo por aparecer sereno.—Crean ustedes que no ha sido nada... sino que veníamos por aquí paseando *mi señora* y yo... y me puse á hacerla unas reflexiones... y es una mujer tan sensible que se echó á llorar... No ha sido más que eso...

Por referencia de los guardias se supo y fué muy celebrada la salida del sastre, y desde entonces suelen llamar en Malanza *reflexiones* á los estacazos.

¿QUIÉN PAGA?

El tuerto de la Serna, que era el capitán de los malos estudiantes, acababa de ser despedido *ab-irato* de la cátedra de Lugares Teológicos, por haber dejado caer, cuando se hallaban en lo más interesante de la explicación, un puñado de avellanas sobre el pavimento.

El decía que había sido sin querer, que se le habían surtido del bolso al tiempo de sacar el pañuelo para sonarse; pero el catedrático, que tenía malas moscas, recordando que ya no era aquélla la primera hazaña del tuerto encaminada á hacer reír y producir desorden, no quiso escuchar sus disculpas y le borró sin piedad de la lista, diciendo al mismo tiempo que apretaba el lápiz:

—*Deleatur de libro viventium.*

Para echar el susto afuera, dijo el tuerto al salir á su compañero Berrueces:

—¿Vamos á ir esta tarde á merendar al molino de Robledo?